

*
* *

¿Dónde están? La madre y el hermano murieron. Yo lloro y vos sollozáis; participamos de los mismos dolores.—Se van a casar; que venga un sacerdote; que vuelva a venir; que están espirando; que ya han desaparecido.

*
* *

Nos arrastra el viento de la suerte por un mar proceloso. ¿Quién sobrevive? ¿Quién existe? Ese sordo ruido es un toque fúnebre. Cada ola es un alma, y todas desaparecen. Nada brilla. Un sollozo exclama: «¡Padre!»; otro grita: «¡Hija mía!»; y un gemido contesta: «¡Ay!»

Marine-Terrace, junio de 1855.

VI

A VOSOTROS LOS DESTERRADOS

Vosotros los que le habéis seguido por este valle sombrío, por las orillas de este mar erizado de escollos, entre la pálida niebla eterna que desprenden las olas, el horizonte, la borrasca y la suerte; vosotros que le habéis seguido en esta Tebaida, por esta playa desierta, aislada y vacía, en la que únicamente se ve el espacio áspero y silencioso, y soledad en la tierra y soledad en el cielo; recibid en estos lugares sombríos, a los que acabáis de llegar, queridos seres, hiedras de estos escombros; recibid, repito, la bendición de estos obs-

curos desiertos. Estos sitios de desolación os aman, se alegran de recibirlos; este destierro os acaricia. Presidarios del amor, compañeros y compañeras, que nos ayudáis a arrastrar la cadena en esta cárcel; grupo indestructible de corazones leales y de espíritus dignos, madre, hija, hijos, amigo mío, recibid el suspiro del crepúsculo vago y sonoro, recibid la sonrisa del rocío de la mañana, recibid el murmullo de los mares; os da la bienvenida la silvestre flor que crece en las dunas y el águila que buye del gentío, y los campos os regalan con sus aromas y los astros con su claridad.

*
* *

Tiernos supervivientes de lo que acaba de caer, resplandores que oculta el gran eclipse del alma, santas alegrías que desechan los recuerdos penosos, cuando el triste proscrito se vuelve hacia el horizonte y exclama con lágrimas en los ojos:—«¿Dónde está la patria?», la familia le contesta:—«Soy yo.»

*
* *

¡Es noble seguir fuera de la ley, fuera del mundo, al ser misterioso que viento fatal arrastra! ¡Es hermoso seguir al desterrado! El día en que ese proscrito salió de Francia, lleno de angustia y de amor, al abandonar la tierra madre, se paró durante mucho tiempo en sus límites, y vió que a los ojos de los que pasaran no sería más que una sombra, y que iba a entrar en el silencioso reino donde el hombre que va a él flota y se convierte en espectro;

decía a los arroyos:—«¿Conservaréis mi nombre?» y los arroyos corriendo le respondían:—«No». Decía a los pájaros de Francia:—«Tengo que abandonaros, y me voy a vegetar a un sitio en el que se muere prematuramente; me voy a vivir bajo el cielo negro del destierro; ¿vendréis a hacer vuestros nidos en los techos de mi casa?», y los pájaros huían sin contestarle. Decía a los bosques:—«¿Me enviaréis vuestras brisas?», y los árboles le hacían signos negativos; porque el proscrito vive solo, y la multitud comprende muy tarde cuando brilla un rayo de luz, a ese habitante del abismo y de la sagrada sombra.

Marine-Terrace, 1855.

VII

Separarse del error es apostatar. El presente no nace impunemente del ayer. La aurora sale de la noche y ésta la declara ingrata. Anitus exclamaba:—«¡Muera el apóstata Sócrates!» Caiás exclamaba:—«¡Muera el renegado Jesús!» Inclinando la frente, mientras que le escupen, Galileo, renegado de la tierra inmóvil, pensando, la siente moverse bajo sus débiles rodillas. ¡Destino! ¡siniestra explosión de risa! Verdaderamente admiro, cielos profundos, que haya siempre sido la voluntad de Dios que en este mundo diéramos nuestro pensamiento, nuestro trabajo, nuestros días y nuestras noches, nuestro corazón y nuestra alma, sin retroceder ante ningún martirio, para que llegue un día en que ese mundo nos llame renegados.

Marine-Terrace, noviembre de 1854.

VIII

A JULIO J.

Durmiendo estaba y tú me despertaste. Yo te dije: ¡Hola! y tú me contestaste: ¡Ay! Grato fué aquel instante en el que nos abrazamos confundiendo tus lágrimas, mi sonrisa y nuestras dos almas.

*
* *

Esos tiempos están ya muy lejos; por otros senderos se deslizaba entonces mi vida: el destino severo, ¿qué hacía entonces de mí, de esta hoja muerta, que un viento arranca y que otro viento hace volar?...

*
* *

Habitaba yo en una elevada casa flamenco; durante el día, en el espacio azur, sobre los techos viejos y humentes, veía pasar grandes nubarrones, mientras que yo soñaba, inclinado sobre el libro, con ese pasajero alado, con el tiempo, y sordo ruido, confundido con nuestros rumores, del que se escapan las horas, me atraía el sonido de las campanas de Bruselas. Todo lo que puede tentar al corazón ambicioso estaba allí delante de mí; en la tierra y en el cielo, a mi vista, en la austera y gigantesca plaza, tenía los cuatro puntos cardinales del espacio, que hacen pensar en el águila, en el astro, en las olas y en los montes, y tenía delante las cuatro losas del patíbulo de Egmont.

*
* *

Hoy día, viviendo en una isla, en la que los hombres no me ven, tan envuelto estoy en sombras, presenciando las aventuras de las olas, de las rocas y de los mares, que destrozan las barcas y a los marineros, de pie y desmelenado en el cabo o en el muelle por las terribles ráfagas que salen de la boca del Polo; en medio de los choques, de los ruidos, de los naufragios, triste historia de los escollos, de los torbellinos, de los tifones, donde el viento es la pluma y la noche el libro, vivo vagando y soy la voz siniestra del horizonté.

*
* *

Y a través de la distancia y de las brumas, los volúmenes que acabas de escribir llegan hasta mí como cariñosos pájaros que me traen la florida rama que depositan las palomas debajo de los arcos y el canto que el cisne entona a la tumba, y lanzan sobre estas rocas todo el deslumbramiento del glorioso y embelesador París: leo esos volúmenes, se desarruga mi frente y saboreo tu estilo, tu alegría, tu sentimiento y tu bravura. Gracias, por las horas deliciosas que me has hecho pasar, a ti, corazón que amó, sintió y supo comprender; gracias, adivino; gracias, poeta, que vienes a cantar ese himno junto a mí, que comprendes mi destino sombrío y que no has podido explicarte nunca la bajeza de la envidia; gracias, porque en la prueba fatal por que estoy pasando, en el abandono en que me encuentro y que crece por momentos, me ves

beber el cáliz de hiel sin derramar en él ni una gota de odio; has blanqueado la noche de mi tortura y has convertido en altar luminoso el montón de piedras con las que fui dilapidado.

*
* *

Nada soy; acabo de llegar y desaparecí; pero es honroso no separarse de los vencidos de la historia y no huir del contagio de la desgracia. Gloria a los valientes pensadores que no desdeñan visitar a los que la mala suerte lanza en el fondo del destierro; se parecen a la aurora; tienen la fuerza suave de su luz; son magnánimos, y su espíritu algunas veces, con una sola palabra, consigue dorar como un arco de triunfo la bóveda del calabozo.

*
* *

El cielo de esta isla es más claro, porque al llegar tu libro, hizo aparecer en ella la aurora. Estoy solo contigo en el bosque, te leo, recuerdo y medito, olvidándome de estas montañas diluvianas; y durante la lectura, mis ojos visionarios, a los que aparece todo como en el momento de despertar, en las páginas donde sonríen las ideas, donde vive la gracia, creen ver dibujarse el perfil puro de Horacio, como si fijo en el libro, en el que te veo reflejado, encantado aquel poeta lo estuviese leyendo detrás de mí.

Marine-Terrace, diciembre de 1854.

rezando, y creía ver el paño burdo de su capa salpicado de constelaciones.

Diciembre de 1854.

IX

EL MENDIGO

X

EN LAS FULDENSES

Un pobre pasaba cerca de mi casa, azotado por la lluvia y por el viento; di un golpe en el cristal de la ventana y se detuvo ante la puerta, que le abrí cariñosamente. Los asnos volvían del mercado de la ciudad, llevando a los aldeanos encaramados sobre su carga. Aquel mendigo era un viejo que se colocaba en un hueco debajo de la cuesta, y allí esperaba todo el día que se desanublara el cielo triste y que le dieran alguna limosna los transeuntes, tendiendo las manos hacia el hombre y juntándolas para dirigirse a Dios. Me compadecí de él al ver que llovía torrencialmente, y le dije:—«Entrad y os calentaréis al fuego. ¿Cómo os llamáis?» Me contestó:—«Me llamo pobre.» Le cogí por la mano y le dije:—«Entrad, buen hombre.» Entró y le di una taza de leche. El pobre anciano tiritaba de frío. Mientras me hablaba, casi sin oírle, le respondía automáticamente, abstraído en mis pensamientos.—«Quitaos la ropa, que está empapada, y extendedla delante de la chimenea.» Entonces se acercó al fuego. Su capa, que años atrás fué azul, estaba completamente hecha jirones: la extendió donde yo le dije y apareció brillante por sus mil agujeros, que resplandecían con las llamas del fuego del hogar; su capa, que cubría el hogar, parecía un cielo negro sembrado de estrellas: mientras secaba aquel andrajo, del que goteaba el agua, pensaba yo que aquel hombre pasaba la vida

Cuando mis dos hermanos y yo éramos niños, nos decía nuestra madre:—«Jugad, pero os prohibo que piséis las flores y que subáis escaleras.»

*
* *

Abel era el mayor; yo era el más pequeño. Comíamos el pan con tan buen apetito, que las mujeres se reían cuando pasábamos cerca de ellas comiendo.

*
* *

A jugar subíamos a un granero del convento, y allí nos fijábamos muchas veces en un libro inaccesible, que estaba en lo alto de un armario.

*
* *

Un día nos encaramamos para alcanzar aquel libro; no recuerdo bien lo que hicimos para cogerlo, pero sí recuerdo que aquel libro era una Biblia.

*
* *

Era un libro antiguo que olía a incienso, y con gran regocijo nos senta-

mos en un rincón para examinarlo. ¡ Cuántas estampas ! ¡ Qué dicha ! ¡ Qué delirio !

* *

Le abrimos sobre nuestras rodillas, y desde la primera palabra nos pareció tan tierno, que, olvidándonos de jugar, nos pusimos a leer.

* *

Estuvimos leyendo los tres toda la mañana los pasajes de Josef, de Ruth, de Booz, del buen samaritano, y cada vez más entusiasmados, por la tarde reanudamos nuestra lectura.

* *

Nos quedamos como los niños cuando cogen un pájaro, que alegres se llaman unos a otros riéndose, y se quedan asombrados al sentir en sus manos la suavidad de las plumas.

Marine-Terrace, agosto de 1855.

XI

PONTO

Le digo a mi perro negro:—«Ven, Ponto, ven conmigo.»—Y voy con él al bosque a leer, sentado o paseando, libros antiguos. En invierno, cuando las ramas parecen serpientes, o en verano, cuando todo sonríe y los céspedes están bordados de flores, leo con preferencia a Froissart, a Montluc, a Tácito o al-

guna historia, y me dejan atónito los crímenes que cometió la gloria. Veo el horror por todas partes, hasta en la leyenda de los mejores héroes; veo siempre engañado al hombre por los que debían velar por él; ¡ veo las grandes manos rojas de sangre ! A Alejandro ebrio y loco; a César en medio de sus orgías, descargando el puño sobre Didier y el pie sobre Witikind; a Carlo-Magno, semejante muchas veces a Carlos V; a Catón alimentando a las murenas con carne humana; a Tito crucificando a Jerusalén; a Turena, héroe, como Bayardo y como Catinat; a Nordlingue siendo bandido en el Palatinado; veo el duelo de Jarnac y el duelo de Carrouge; a Luis IX tenaceando las lenguas con un hierro encendido; a Cromwell engañando a Milton; a Calvino haciendo quemar a Servet. ¡ Estos son, gloria, tus fúnebres espectros ! Por eso, huyendo de los hombres, me refugio en la naturaleza, exclamando:—«Todo en la humanidad es engaño, iniquidad e impostura.» Y Ponto me sigue. El perro es la virtud, que no pudiendo convertirse en hombre, se convierte en animal. Y Ponto me mira con sus leales ojos.

Marine-Terrace, 3 de agosto de 1855.

XII

DOLOROSÆ

Madre, hace ya doce años que he muerto nuestra hija, y desde entonces yo, afligido padre, y tú, mujer fuerte, Dios sabe que no hemos dejado pasar un día sin consagrarla nuestras oraciones y nuestro cariño. Nos hemos acostumbrado a ver vivir su sombra en nuestra soledad y a verla vagar siempre

entre nosotros y hemos permanecido de rodillas llorando. Hemos persistido en este agradable dolor, y vivimos inclinados hacia el querido nido de musgo, que con sus dos pájaros nos arrebató el huracán. Madre, no hemos sucumbido a nuestra desgracia, no nos hemos dejado de tratar mutuamente con bondad y con ternura, ni hemos deseado que acabase con nuestra aflicción la cobardía que se llama olvido. Desde aquel triste día, en el que se veló para nosotros el cielo, el alba pura y todos los esplendores de la sombría naturaleza, con los tres hijos que nos quedan, y que nos ha dejado Dios para que nos inspiren valor suficiente para resistir la vida, hemos procurado mitigar en diversos seres los reveses, las adversidades y las desgracias sin titubear, afrontando peligros, consoliendo a las aficciones del corazón, a la ausencia, a los ataúdes, a toda clase de sufrimientos, a nuestra hija, a los parientes que nos han abandonado para volar a un mundo mejor, nuestras lágrimas y nuestras sonrisas.

Marine-Terrace, agosto de 1855.

XIII

EN LA DUNA

Ahora que mis días van consumiéndose como una antorcha encendida al viento; ahora que voy aproximándome a la tumba, arrastrado a ella por las desventuras y por los años;

* *

Ahora que en el fondo del cielo que mi imaginación soñó, veo huir, arreba-

tadas hacia la sombra, en el torbellino del pasado, las horas hermosas soñadas, Ahora exclamo:—¡ Un día nos sonríe la felicidad, y al día siguiente todo es mentira!—Estoy triste y camino por la orilla del mar, encorvado como el que camina soñando.

* *

Veo por encima de las montañas, de los valles, y de los vastos mares, volar perseguidos por el aquilón todos los vellones de nubes;

* *

Oigo el viento en la atmósfera, el mar chocando contra el arrecife; el hombre atando la sazónada gavilla; oigo esos murmullos, y confrontó en mi espíritu pensador lo que habla con lo que murmura;

* *

Y permanezco algunas veces acostado en la escasa hierba que en la duna crece, hasta la hora en que aparecen en el horizonte los ojos siniestros de la luna.

* *

De la luna, que lanza sus dormidos rayos en el espacio, en el misterio; y nos miramos fijamente, ella brillando y yo sufriendo.

*
**

¿En dónde están mis desvanecidos días? ¿Existe aún alguno que me conozca? ¿Conservan aún mis deslumbrados ojos algo del brillo de la juventud?

*
**

¿Todo desapareció para mí? Estoy solo, estoy fatigado, llamo y nadie me responde; olas y vientos, ¿seré yo también, ¡ay! una ola o un soplo?

*
**

¿No volveré a ver a la que amo eternamente? Oscura noche se extiende dentro de mí. ¡Oh tierra! la bruma borra en ti las cumbres; ¿seré yo el espectro y tú la tumba?

*
**

¿Habré ya vaciado de la vida la alegría, el amor y la esperanza? ¿Espero, pido, imploro, en vano, inclinando todas las urnas, encontrar una sola gota en cada una de ellas?

*
**

¿Qué cerca del recuerdo está el remordimiento! La vida nos conduce siempre a las aflicciones, y me causa fría sensación tocarte, ¡oh muerte, negro cerrojo de la puerta humana!

*
**

En esto medito, oyendo gemir el viento y murmurar las olas, viendo sonreír al verano y en las orillas del mar florecer en la arena el cardo azul.

5 de agosto de 1854, aniversario de mi llegada a Jersey.

XIV

CLARA P.

¿Qué edad tenía ayer? Veinte años. ¿Qué edad tiene hoy? La eternidad. Sólo vivió un minuto. Ella poseía todos los encantos y todas las gracias; todo le sonreía. ¿Por qué la muerte nos arrebató con predilección los seres más hermosos y los más puros? Yo la había visto pequeña; ella me hablaba de *vos*, yo la hablaba de *tu*. Su inefable acento poseía la virtud de conseguir que en mi espíritu, como voces que se oyen en lontananza, cantase el vago coro de mis años juveniles.

*
**

Aquella frente ingenua sólo brilló un día. Era la prometida del desconocido himeneo. ¿Con quién casáis, Señor, a todas esas vírgenes? Puro y vago reflejo de la luz de los cirios flotaba en sus miradas celestes y radiantes; era alta, blanca y alegre; ahora, id a Saint-Mandé, buscadla en el cementerio; allí encontraréis el lecho nupcial que com-

parte con la sombra; encontraréis la fosa donde yace esa roja azucena; y allí es donde también tú duermes eternamente, ¡tú, cuya belleza participaba de la Madona augusta de Italia y de la flamenco que se ríe al través de los campos de lúpulos, tú, cariñosa Clara, de ojos negros y de cabellos blondos!

*
**

Volaste del mundo antes de ser mujer; eras un ángel todavía; el cielo nos arrebató tu alma para hacerla luminosa a nuestras miradas, y la hierba se apoderó de tu belleza para devolvérsela convertida en flores.

*
**

Los seres celestiales que llamamos arcángeles la mecen tiernamente en sus brazos, y en aquellas regiones de luz, entre cánticos divinos, ella sonríe a los que gemimos en el mundo; allí preguntó a los ángeles si le permitirán que coja estrellas; allí canta, y viéndose a sí misma luminosa, exclama: — «¡Qué hermoso es el cielo!» Pero esto no consuela a la madre que llora su pérdida, porque la madre no quiere que su hija vuele a las alturas, dejando las flores en el césped y el hogar sumido en el silencio y en el dolor.

*
**

Su padre el escultor decía: — «Ella es muy hermosa, y yo modelaré una estatua que sea tan hermosa como ella; es por ella que abril florece y cubre de ver-

de césped los senderos; la contemplaré durante meses enteros, y haré que me envíen mármol de Carrara para hacer su estatua, que quiero que en la piedra deslumbre, reflejando su candidez y su belleza; quiero que los que admiren la estatua puedan decir: «El escultor tiene dos hijas: la Belleza y el Pudor; la Sombra y la Luz; la Virgen y la Diosa; ese notable artista, digno obrero de Grecia o de Roma, encontró en su arte desconocidos secretos, y copiando a María ha producido una Venus.»

*
**

El mármol de Carrara se quedó sin arrancar en la blanca montaña, porque no tenemos en nuestras manos las vidas de los seres queridos; la joven que creíamos alada era de carne; el que tallaba el mármol era de vidrio; y he aquí que los labios de Dios soplaron en la frente pura de la virgen y en las manos hábiles del escultor, y murieron la hija y el padre.

*
**

Hoy duermes eternamente, Clara; tu madre, sentada en tu fosa, exclama en el paroxismo de su dolor: — «La fragancia de las flores y la luz del alba son falsas, el pájaro que canta miente, la estrella no brilla verdaderamente en el firmamento, el cielo no es cielo, allí nada brilla, porque cuando yo digo: ¡Hija mía, estoy aquí, levántate!, hay alguien que se lo prohíbe y que no deja despertar a mi hija.»

Junio de 1854.

tiples, deslumbradores y radiantes, y yo me sumergí en la unidad siniestra de la noche.

Marine-Terrace, diciembre de 1854.

XV

A ALEJANDRO DUMAS

Contestación a la dedicatoria de su drama titulado «La Conciencia»

Doy las gracias, desde la orilla del mar, al que vuelve la cabeza hacia las playas, morada del duelo y del pesar; doy las gracias al que deshace la corona luminosa que orna sus sienes y se la arroja al espectro ausente, y entre los aplausos del triunfo, dedica su drama a la inmóvil y pálida tragedia.

*

**

No olvidaré nunca, amigo mío, el muelle de Amberes, ni el grupo de entusiastas amigos que me rodeaban para darme el adiós de despedida, ni me olvidaré de ti. La lancha del *steamer* venía a llevarse, y todos nos despedimos con un tierno abrazo. Llegué al vapor humeante, subí a la cubierta, y nos dijimos adiós unos a otros desde tierra y desde a bordo. Después, tú, de pie en el muelle, yo, sobre el puente del buque, vibrando como dos laúdes cuyos sonidos se contestan, todo el tiempo que nos pudimos ver nos miramos uno a otro, como cambiando nuestras dos almas; el vapor huía velozmente, la bruma cubrió las inmensurables olas; la tierra se alejaba a mi vista, el horizonte se ensanchaba, todo desapareció; tú te retiraste a proseguir tus trabajos múlt-

XVI

«MUGITUSQUE BOUM»

Mugidos de los bueyes, en la época del tierno Virgilio como ahora, en el crepúsculo de la tarde, como en la mañana, decís:—«Creced, trigos movelidos; praderas, tapizaos de hierbas; que la tierra, agitando su penacho de gavillas, produzca rica cosecha; vive, bruto; vive, guijarro; vive, hombre; vive, arbusto. A la puesta del sol, cuando los árboles que crecen en la llanura extienden sus sombras sobre las hierbas cuando el labrador desciende de las colinas y regresa a su casa, de la que sale

una nube de humo por la chimenea, va sediento de volver a abrazar a la mujer querida y de tomar al niño en sus brazos. Seres y objetos, vivid sin temores, sin duelo y sin número, vivid sonriendo, que es la hora en que el hombre descansa y el buey se entrega al sueño. ¡Vivid y multiplicaos! ¡Sembrad la simiente de la dicha! Siéntese temblar toda la naturaleza debajo de las hojas de los nidos, en el seno de las casas blancas, en los profundos horizontes; siéntese un poderoso impulso de amar en la hierba verde, en el antro, en el estanque, en el bosque, de amar siempre de amar en todo momento en la serenidad de los astros de oro. ¡Haced que se estremezca el aire, la ola, el ala, la boca, palpitaciones del amor inmensurable y de la creación! ¡Haced que la paz, el

virtud, la bondad, la esperanza y la dicha, como divinos frutos, caigan de los ramajes eternos!»

más luminosa que la claridad diurna, y yo entreveía, en la obscuridad donde brillaban sus pupilas, los astros, al través de las plumas de sus alas.

Jersey, septiembre de 1855.

XVIII

AL POETA QUE ME ENVÍA UNA PLUMA DE ÁGUILA

Fué para mí un momento solemne; en él, mi espíritu, sereno entonces, creyó que algo de la gloria eterna existe en los aplausos de los contemporáneos.

*

**

XVII

APARICIÓN

Vi pasar un ángel blanco sobre mi cabeza; un ángel cuyo vuelo deslumbrador apaciguaba la tempestad y hacía callar en el lejano mar el alboroto de las olas.—«¿Ángel, a qué vienes a la obscuridad del mundo?» le pregunté. El ángel me respondió:—«Vengo a llevarme tu alma.»—Me causó miedo, porque vi que era una mujer, y le respondí, temblando y tendiéndole los brazos:—«Nada me quedará de ti, porque extenderás las alas y te perderás entre las nubes.» No me respondió. En seguida obscureció el cielo, apareciendo en él la noche.—«Si te llevas mi alma, exclamé, ¿dónde la llevarás? dime a qué sitio.» El ángel continuó callando.—«Transeunte del cielo azul, le dije, ¿eres la muerte o eres la vida?» En las tinieblas que me rodeaban, el ángel era negro, y me contestó:—«Soy el amor.»—Pero su frente sombría era

Puesto que en mi humilde retiro recojo, sin encorvarme, lo que deja caer el poeta y lo que deja caer el águila.

*

**

Puesto que entrambos, pareja vencedora, lanzan hasta mí, uno la pluma de sus alas y el otro una estrofa inspirada por el corazón.

*

**

¡Bienvenidos seáis, estrofa y pluma, en glorioso envío, ya que habéis vagado por las nubes, ya que os habéis cernido en el cielo!

11 de diciembre.

XIX

CERIGO

I

Todo hombre que envejece es la propia imagen de la roca triste y solitaria de Cerigo, que en otro tiempo fué Citearea, la de los deliciosos nidos, la de los verdes mirtos, la concha de Cypris, que estaba consagrada en el seno de los mares. La augusta vida, gota a gota, hora tras hora, se derrama sobre lo que pasa y sobre lo que permanece; allá abajo la Grecia brilla moribunda, y al contemplarla, los ojos se llenan de luz y de duelo; la tierra brilla; la nube es incienso que humea; las aves acuáticas se entremezclan con la espuma del mar, el azul se estremece, el agua palpita, y salen rumores de los vientos, de las olas, de las barcas y de los remeros; a lo lejos se ve pasar la vela de algún barco heleno o candiota. Allá abajo está Cyteres lúgubre, idiota, agotada como la calavera de un sueño de amor; como el cráneo desnudo del placer, que canta enmascarado, espectro desconocido. ¿Eres tú? ¿Eres tú la misma? ¿Qué hiciste de tu blanca túnica? Tapa tus senos impuros y tu fealdad cínica, sirena arrugada; ¿dónde está tu alma? ¿Dónde está tu luminosa estrella? La isla que el mundo adoraba desde Lemmos hasta Lepanto, en la que dominaba del amor la rampante quimera, donde la brisa besaba a los árboles regocijados, donde la sombra convidaba a amar, donde la hierba tenía sentidos, ¿qué se hizo? ¿En dónde están hoy sus hijos los olímpicos y sus hijos los inmor-

tales? ¿Dónde está Marte? ¿Dónde están Eros y Psyquis? ¿Qué hiciste, roca, qué hiciste de las rosas? ¿Qué hiciste de las canciones suspirantes, de las danzas, de los prados, de los bosques melódicos, de la sombra que recorrían los dioses? Se han desvanecido ya todos tus esplendores; no tienes ya altares como ayer, ni vírgenes deslumbradas a la entrada de los antros, ni abejas que liben rosas ni tomillos, pero siempre tu cielo es azul. Siempre el destino del hombre, sea joven o sea anciano, tiene armonía o sufrimiento, siempre participa de la misma muerte y de la misma esperanza. Cerigo, ¿qué has hecho de Citearea? ¡Noche! ¡duelo! Se eclipsó el edén y dejó desnudo el escollo; todo en él naufragó, hasta asusta a los buhos la isla de las Palomas. Isla, ayer buscada y hoy huída, espectro de besos, escombros de rayos, sombría cautiva, mueres de la enfermedad que se llama olvido. Y mientras busca refugio alguna canoa furtiva en tu cabo, donde brillaron en otros tiempos los templos fabulosos, y escondida ve pasar por alta mar al pirata que acecha o la barca del pescador de esponjas, Venus desaparece como un sueño.

II

¡Venus! ¿Quién habla de Venus? Está allí; levanta los ojos. El día en que Dios la quitó el velo por la primera vez en el alba universal, no brillaba más que brilla ahora. Si quieres ver la estrella, hombre, levanta la vista. La isla de los mares se extingue, pero no la isla de los cielos; los astros viven eternamente y no se deshojan como las rosas en una tarde de verano; muere el placer, pero vive el amor. ¡Visión ra-

dianta, nido de azur, en el que el ángel es un alción, belleza del alma humana y del alma divina, Amor, el adolescente te adivina y haces sonreír al anciano! Cada uno de tus rayos atañe al hombre con sus lazos. Vivid y brillad en la temblorosa bruma, himeneos misteriosos, corazones que envejecéis juntos, desgracias mutuas aceptadas unas por otras, abnegación, sacrificios, austeras voluptuosidades, porque vosotros constituís el amor, sois el resplandor eterno, el astro sagrado que ilumina al alma, el faro que vemos brillar a todas horas, la estrella de la mañana y la estrella de la noche. En el mundo inferior, en el que todo se arrastra y se altera, Citearea se borra y desaparece, el jardín se convierte en roca desnuda; pero la tierra conserva a Cerigo y el cielo a Venus.

1855.

XX

A PAÚL M.,
autor del drama «Paris»

Escribes al frente de tu obra el nombre de un proscrito, a quien muerde silbando la culebra. A la desgracia y la proscripción, no al proscrito, sino al destierro—porque el proscrito no es nada más que sombra y la otra un resplandor,—dedicas tu gran drama, en el que vive el grandioso París, esa ciudad madre, esa ciudad de fuego, de arañas de vidrio, y haces que Roma salude al Calvario. Eres digno de alabanza, suave pensador, que te ocupas del pasado, del porvenir, del progreso humano, de la civilización, de la historia, de la ciudad y de Francia; de todos los dictamos santos que calman el sufrimiento, de la

razón, de la justicia, de la esperanza, de la virtud, de la fe, de la verdad, perfumando tu obra con la fragancia de la poesía y de la libertad y derramando sobre el vencido y sobre el desterrado el ideal como un bálsamo. Paréceme, poeta, que gracias a ese grato recuerdo, con el que meces, consagras y bendices el destierro, en mi llaga, que el dolor adormece, colocas las hilas como colocarías una bandera.

Marine-Terrace, agosto de 1855.

XXI

Pagué al pescador que me vendió un pez monstruo, y que se marchó, dejándome en la mano. Era un ser oscuro, que si tuviese mayor tamaño parecería una hidra, y si fuera más pequeño semejaría una cucaracha; carecía de forma como la sombra y no tenía nombre. Abría una boca horrorosa; negro muñón salía de su escama; quería morderme, luchaba yo para evitarlo, y sus dientes me buscaban los dedos, cuya proximidad le espantaba; por fin me mordió; entonces exclamé: — «¡Vive, maldito!» y le arrojé al mar, para que dijera al Océano profundo que el hombre devuelve al monstruo bien por mal.

Jersey, julio de 1855.

XXII

PASTORES Y REBAÑOS

A la señorita Luisa C.

Es delicioso, sereno y solitario el valle por donde acostumbro pasear; está lleno de floridas zarzas; tiene una sonrisa triste. Os hace olvidar todo lo del